

todo diferente de la del vulgo; pero quizás estos prodigios aparentes, el extraño terror de esta noche y la persuasión de sus augures le hagan abstenerse de venir hoy al Capitolio.

DECIO.—Perded cuidado. Si tal resolviera, yo prevalecería sobre él; porque se deleita en oír que se triunfa de los unicornios por medio de los árboles, de los osos por los espejos, de los elefantes por los fosos, y de los hombres por la adulación. Y cuando digo que él detesta á los aduladores, afirma que sí, porque esto le lisonjea más. Dejadme hacer; que ya daré á su humor la disposición conveniente, y le traeré al Capitolio.

CASIO.—Allí estaremos todos para recibirlo.

BRUTO.—A la hora octava. ¿Es ese el último término?

CINNA.—Sea el último, y no faltéis entonces.

METELIO.—Cayo Ligario tiene mala voluntad á César, que lo reprendió por haber hablado bien de Pompeyo. Me admira que ninguno de vosotros se haya acordado de él.

BRUTO.—Id en seguida á encontrarlo, buen Metelio. Me profesa un afecto verdadero y ya me he explicado con él. Enviadle aquí, que yo le apercibiré.

CASIO.—La mañana se nos viene encima, y os dejaremos, Bruto. Amigos, dispersaos; pero recordad todos lo que habéis dicho, y haced ver que sois verdaderos romanos.

BRUTO.—Buenos caballeros, poned risueños y alegres los semblantes, sin dejar que el aspecto revele los propósitos; antes bien llevadlos, como nuestros actores romanos, con entero aliento y con seria constancia. Y con esto os deseo buen día á cada uno. *(Salen todos, menos uno)*. ¡Muchacho! ¡Lucio! ¿Dormido como una piedra?—No importa. Goza el dulce y pesado rocío del sueño.—No tienes ni los cálculos ni las fantasías que el afanoso cui-

dato hace surgir en el cerebro de los hombres, y por eso tienes el sueño tan profundo.

(Entra Porcia).

PORCIA.—Bruto, mi señor.

BRUTO.—Porcia ¿qué intentáis? ¿Y para qué os levantáis ahora? No es bueno para vuestra salud exponer vuestra delicada constitución al frío severo de la madrugada.

PORCIA.—Tampoco lo es para la vuestra. Os habéis deslizado friamente de mi lecho; anoche durante la



cena os levantasteis de repente y os pusisteis á pasear con los brazos cruzados, meditando y suspirando. Y cuando os pregunté lo que teníais, me mirasteis fijamente, con severidad. Insistí y os frostasteis la cabeza, y en un extremo de impaciencia golpeasteis el suelo con el pie. Volví á insistir de nuevo, y no me respondisteis, sino que con ademán encolerizado me hicisteis seña con la mano para que os dejara. Así lo hice, temiendo aumentar esa impaciencia que me parecía ya demasiado irritada;

pero esperando á pesar de todo que no sería sino efecto del mal humor que á veces se apodera de todo hombre. Mas no os dejará comer, ni hablar, ni dormir; y si hubiera de hacer en vuestro semblante el mismo estrago que en vuestro ánimo, yo no podría conocerlos. Bruto, señor y amado mío, dejadme saber la causa de vuestro pesar.

BRUTO.—No estoy bien de salud: no es nada más.

PORCIA.—Bruto es sensato, y á estar falto de salud, emplearía los medios de recobrarla.

BRUTO.—Así lo hago. Buena Porcia, id á vuestra cama.

PORCIA.—¿Bruto está enfermo? ¿Y es medicinal pasearse descubierto y absorber las emanaciones de la húmeda mañana? ¡Qué! ¿Está enfermo Bruto, y abandona su saludable lecho para afrontar los miasmas de la noche, exponerse al aire vaporoso é impuro, y agravar su enfermedad? No, Bruto mío. Es en vuestra alma donde hay alguna amarga dolencia, y yo por el derecho y virtud de mi puesto debo conocerla. Y os imploro de rodillas, en nombre de la belleza que algún día se elogiaba en mí: en nombre de vuestras protestas de amor y de aquel gran juramento que nos reunió haciendo de ambos uno solo; os imploro para que descubráis ante mí, pues soy vuestra mitad, pues soy vos mismo, el por qué estáis tan adusto; y qué hombres se han dirigido á vos esta noche, puesto que había seis ó siete de ellos que ocultaban sus rostros aún en medio de la obscuridad.

BRUTO.—No os arrodilléis, gentil Porcia.

PORCIA.—No lo necesitaría si Bruto fuera afable.—Decidme, Bruto: dentro del vínculo del matrimonio ¿es de esperar que yo ignore secretos que os pertenecen? ¿O no soy parte de vos mismo sino de una manera limitada; sólo para acompañaros á la mesa, confortar vuestro lecho, y hablaros de vez en cuando? ¿No hay sitio para mí sino en los

confines de vuestra condescendencia? Si no es más que esto, Porcia es la manceba de Bruto, no su esposa.

BRUTO.—Sois mi verdadera y honorable esposa, tan querida para mí como las gotas de sangre que afluyen á mi triste corazón.

PORCIA.—Si esto fuera verdad, sabría yo entonces este secreto. Mujer soy, es cierto; pero mujer á quien Bruto tomó por esposa. Soy mujer, es cierto; pero mujer bien conocida: hija de un Catón. ¿Pensáis que no seré más fuerte que mi sexo, teniendo tal padre y tal esposo? Decidme vuestros designios: no los revelaré. Harta prueba he dado de mi constancia, haciéndome voluntariamente una herida aquí en el muslo. ¿Puedo sobrellevar esto con paciencia, y no los secretos de mi esposo?

BRUTO.—¡Oh dioses! ¡Hacedme digno de esta noble esposa!

Escucha, escucha; alguien llama. Retírate, Porcia, por un rato, y pronto compartirá mi corazón con el tuyo sus secretos. Te explicaré mis compromisos y todo el significado de mi tristeza. Véte aprisa.

Lucio: ¿quien llama?

LUCIO.—Hay aquí un hombre enfermo que desea hablaros.

BRUTO (*aparte*).—Es Cayo Ligario, de quien habló Metelio. Muchacho, apártate. (*Sale Lucio*). Cayo Ligario.

LIGARIO.—Recibid el saludo matinal de una lengua débil.

BRUTO.—¡Oh! ¡Qué tiempo habéis escogido, valeroso Ligario, para llevar pañuelo!—¡Cuánto desearía que no estuviérais enfermo!

LIGARIO.—No estoy enfermo, si Bruto tiene en mano alguna proeza digna del nombre del honor.

BRUTO.—La tengo, Ligario, si queréis oírla con sana disposición.

LIGARIO.—¡Por todos los dioses ante quienes se inclinan los romanos, aquí olvido mi dolencia! ¡Alma de Roma! ¡Valeroso hijo, nacido de dignos progenitores! Tú, como los exorcistas, has conjurado mi pesaroso espíritu. Pídeme ahora que entre en acción, y procuraré lo imposible: más; lo venceré. ¿Qué debo hacer?

BRUTO.—Una faena que tornará en hombres sanos á los enfermos.

LIGARIO.—Pero ¿no hay algunos sanos á quienes debemos tornar enfermos?

BRUTO.—También tendremos que hacerlo. Os revelaré esto, Cayo mío, mientras vamos hacia aquel en quien se deba realizar.

LIGARIO.—Avanzad audazmente; que yo con el corazón de nuevo inflamado, os seguiré para hacer no sé qué; pero me basta estar guiado por Bruto.

BRUTO.—Entonces, seguidme. *(Salen).*

ESCENA II

Un cuarto en el palacio de César

Los mismos.—Truenos y rayos.—Entra CÉSAR en traje de noche

CÉSAR.—Ni cielo ni tierra han estado en paz esta noche. Tres veces ha clamado Calfurnia durante su sueño: «¡Auxilio, oh! ¡Asesinan á César!»—¿Quién va?

(Entra un criado).

CRIDO.—¿Señor?

CÉSAR.—Vé á decir á los sacerdotes que ofrezcan el sacrificio y me traigan su opinión sobre los sucesos

CRIDO.—Voy en el acto, señor. *(Entra Calfurnia).*

CALFURNIA.—César ¿qué intentáis? ¿Pensáis salir? No, no os moveréis hoy de vuestra casa.

CÉSAR.—César saldrá. Jamás cosa alguna de cuan-

tas me han amenazado, se me ha presentado de frente. Al ver el rostro de César, se desvanecen.

CALFURNIA.—Nunca dí grande importancia á ritos y ceremonias; mas ahora me asustan. Fuera de las cosas que hemos oído y visto, cuéntanse las más horribles visiones como observadas por los guardias. Una leona ha dado nacimiento á sus cachorros en la calle; y se han entreabierto las tumbas y dejado salir los muertos. Feroces guerreros combatían airados entre las nubes, en filas, en escuadrones y en estricta forma militar, haciendo llover la sangre sobre el Capitolio.—El fragor de la batalla atronaba el aire, y se oía el relinchar de los caballos y el quejido de los hombres moribundos, y los espectros daban alaridos por las calles. ¡Oh César! Estas no son cosas usuales y me infunden temor.

CÉSAR.—¿Cómo evitar que se cumpla aquello que los dioses hayan dispuesto? César saldrá; pues esas predicciones tanto se dirigen á César como á todo el mundo.

CALFURNIA.—No es al morir los mendigos cuando se ve aparecer los cometas; pero los cielos mismos se inflaman para anunciar la muerte de los príncipes.

CÉSAR.—Los cobardes mueren muchas veces antes de perder la vida. Los valientes no experimentan la muerte sino una vez. De todas las maravillas que he oído, la que más extraña me parece es el que los hombres tengan miedo; pues la muerte es un fin necesario y cuando haya de venir, vendrá.

(Vuelve á entrar el criado.)

¿Qué dicen los augures?

CRIDO.—No querrían veros salir hoy. Sacando las entrañas de la víctima ofrecida en el sacrificio no pudieron encontrarle en el pecho el corazón.

CÉSAR.—Esto lo hacen los dioses para vergüenza de la cobardía. César sería una bestia sin corazón, si dejase de salir hoy por miedo. No, César no lo

hará. Bien saben los peligros que César es más peligroso que ellos.—Somos leones gemelos; pero nací primero y soy el más terrible. ¡Y César saldrá!

CALFURNIA.—¡Ay! ¡La confianza impone silencio á vuestra prudencia! No salgáis hoy, mi señor. Llamad temor mío, no vuestro, lo que os retiene en casa. Enviaremos á Antonio al Palacio del Senado y dirá que no estáis bien de salud. Dejad que os ruegue de rodillas el concederme esto.

CÉSAR.—Marco Antonio dirá que no estoy bien y me quedará en casa por complacerte. (*Entra Decio*).—He aquí á Decio Bruto que les dirá así.

DECIO.—Salud ¡oh César! Buenos días, digno César. Vengo á conducirlos al Senado.

CÉSAR.—Y llegáis muy á tiempo para llevar mi saludo á los senadores y decirles que no iré hoy. Que no puedo, sería falso; y que no me atrevo, más falso aún.—No iré hoy: decidles solamente esto.

CALFURNIA.—Decid que está enfermo.

CÉSAR.—¿César enviar una mentira? ¿He llevado tan lejos las conquistas de mi brazo, para que tema decir la verdad á unos cuantos ancianos? Decio, id á decir que César no irá.

DECIO.—Dejadme alegar alguna causa, poderoso César, para que al dar el mensaje no se burlen de mí.

CÉSAR.—La causa es mi voluntad.—No iré. Esto basta para satisfacer al Senado. Mas para vuestra satisfacción particular os haré saber, pues os tengo en afecto, que es mi esposa Calfurnia quien me retiene en casa. Soñó anoche haber visto mi estatua, de la cual manaba, como de una fuente de cien bocas, un raudal de sangre; y á muchos vigorosos romanos venir á emparar sus manos en ella. Y creyendo que esto significa pronósticos, portentos y peligros inminentes, me ha suplicado de rodillas que permanezca hoy en casa.

DECIO.—Errada interpretación ha dado al sueño.

Ha sido más bien una buena y afortunada visión.—Vuestra estatua manando sangre por cien partes, significa que la gran Roma recibirá por vos nueva sangre vivificadora; y que grandes hombres se apresurarán por obtener una tintura, una gota, un residuo.—Hé ahí lo que significa el sueño de Calfurnia.

CÉSAR.—Habéis dado así una buena explicación.

DECIO.—Mejor la encontraréis cuando hayáis oído lo que aún tengo que decir. Sabedlo ahora: el Senado ha resuelto dar hoy al poderoso César una corona. Si enviáis á decir que no iréis, podrían acaso variar de intento.—Además, sería un sarcasmo posible que alguno dijera: «Disolved el Senado hasta nueva ocasión, cuando la esposa de César tenga mejores sueños.» Si César se oculta ¿no susurrarán entre ellos «César tiene miedo?» Perdonadme, César; pero mi amor, mi profundo amor por vuestros actos me impele á deciroslo, y siempre mi razón ha sido dócil á mis afectos.

CÉSAR.—¡Qué pueriles aparecen ahora tus temores, Calfurnia! Me avergüenzo de haber cedido ante ellos. Dame mi manto porque voy á ir.

(*Entran Publio, Bruto, Ligario, Metelio, Casca, Trebonio y Cinna.*)

Y he aquí á Publio que viene á conducirme.

PUBLIO.—Buenos días, César.

CÉSAR.—Bienvenido, Publio. ¡Qué! ¿También habéis madrugado, Bruto? Buenos días, Casca.—Cayo Ligario, César nunca fué tan enemigo vuestro como esa fiebre que os trae extenuado.—¿Qué hora es?

BRUTO.—César, han dado las ocho.

CÉSAR.—Gracias por vuestra solicitud y cortesía. (*Entra Antonio*).—Ved: Antonio, á pesar de que se divierte hasta tarde en la noche, está en pie. Buenos días, Antonio.

ANTONIO.—Así los tenga el muy noble César.

CÉSAR.—Invítalos á prepararse allá dentro. Hago

mal en hacerme esperar así. Al momento, Cinna. Al momento, Metelio. ¡Qué! Trebonio, tengo en reserva para vos una hora de conversación. Acordaos de visitarme hoy. Colocaos cerca de mí para que lo recuerde.

TREBONIO.—Lo haré, César (*aparte*), y tan cerca, que vuestros mejores amigos hubieran querido verme más lejos.

CÉSAR.—Entrad, buenos amigos, y bebamos juntos un poco de vino; y como buenos amigos iremos en seguida todos juntos.

BRUTO (*aparte*).—¡Oh César! El corazón de Bruto se contrista pensando que cada apariencia no es la misma realidad. (*Salen*).

ESCENA III

Una calle cerca del Capitolio.—La misma

Entra ARTEMIDORO leyendo un papel

ARTEMIDORO.—«César, desconfía de Bruto: vigila á Casio: no te acerques á Casca: observa á Cinna: no confíes en Trebonio: nota bien á Metelio Cimber: Decio Bruto no te ama: has ofendido á Cayo Ligario: todos estos hombres tienen un mismo pensamiento, y este pensamiento es contra César. Si no eres inmortal, precáveté: la seguridad abre las puertas á la conspiración. Que los poderosos dioses te amparen.

»Tu admirador,

Artemidoro.»

Me quedaré aquí hasta que pase César, y como uno del séquito, le daré esto. Mi corazón deplora que la virtud no pueda vivir libre de la mordedura de la envidia. Si lees esto, ¡oh César! podrás vivir. Si no, los hados se habrán conjurado con los traidores. (*Sale*).

ESCENA IV

Otra parte de la misma calle, delante de la casa de Bruto. La misma

PORCIA.—Corre, corre, muchacho, al palacio del Senado. No te detengas á responderme, vé al instante. ¿A qué te detienes?

LUCIO.—Para saber qué me encargáis, señora.

PORCIA.—Querría que pudieses ir y volver, aún antes de decirte lo que has de hacer allí. ¡Oh constancia! Dame toda tu fuerza! Pon una montaña entera entre mi corazón y mi boca. Tengo la mente del hombre, pero la debilidad de la mujer. ¡Qué duro es para nosotros guardar secretos! ¿Todavía estás aquí?...

LUCIO.—Pero ¿qué haré, señora? ¿Nada más que correr al Capitolio? ¿Y regresar lo mismo que he ido, y nada más?

PORCIA.—Sí, y avísame si tu amo parece bien, porque se fué un poco enfermo; y observa bien lo que hace César, y qué séquito le rodea.—¡Escucha! ¿Qué ruido es ese?

LUCIO.—No alcanzo á oír nada, señora.

(Entra el adivino).

PORCIA.—Acércate, mozo. ¿Por dónde has andado?

ADIVINO.—En mi propia casa, señora.

PORCIA.—¿Qué hora es?

ADIVINO.—Cerca de las nueve, señora.

PORCIA.—¿Ha ido ya César al Capitolio?

ADIVINO.—Todavía no, señora. Voy á tomar un sitio para verle pasar al Capitolio.

PORCIA.—¿Tienes algún lugar en el séquito de César? ¿No es así?

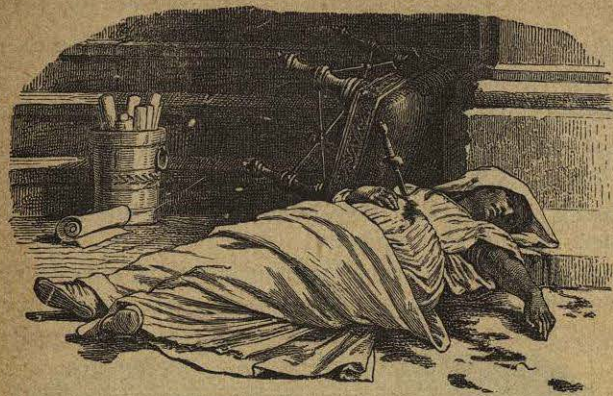
ADIVINO.—Le tango, señora; y si César quiere ser tan bueno para César, que me preste oído, le suplificaré que vele por sí propio.

PORCIA.—¡Qué! ¿Sabes acaso que se intente hacerle algún mal?

ADIVINO.—Ninguno, que yo sepa; pero alguno muy grande que temo podría acontecerle. Aquí la calle es angosta y la muchedumbre de senadores, pretores y secuaces comunes que se agrupan tras de los pasos de César, oprimirán á un hombre débil, quizás hasta ahogarlo. Me iré á un sitio más despejado, y desde allí hablaré al gran César cuando pase.

PORCIA.—Debo retirarme. ¡Ay de mí! ¡Qué débil cosa es el corazón de la mujer! ¡Oh Bruto! ¡Los cielos te amparen en tu empresa! Sin duda el muchacho me oyó decir: «Bruto tiene un séquito que no puede agradar á César.» ¡Oh, siento que me desmayo! Corre, Lucio, y hazme presente á mi señor: dile que estoy alegre, y vuelve pronto, y repítame lo que te habrá dicho.

(Salen).



ACTO III

ESCENA PRIMERA

El Capitolio de Roma.—El Senado en sesión

Muchedumbre de pueblo en la calle que conduce al Capitolio, y entre ellos ARTEMIDORO y el ADIVINO.—Preludios.—Entran CESAR, BRUTO, CASIO, CASCA, DECIO, METELIO, TREBONIO, CINNA, ANTONIO, LEPIDO, POPILIO, PUBLIO y otros.

CÉSAR

Han llegado los idus de Marzo.

ADIVINO.—Sí, César; pero no han pasado.

DECIO.—TrebONIO desea que paséis la vista, cuando tengáis holgura para ello, sobre esta su humilde petición.

ARTEMIDORO.—¡Oh César! Leed primero la mía, porque es una solicitud que concierne más de cerca á César. Leedla, gran César.